

## 11. Adoración y misión

La misión de toda vida culmina en la comunión, pero antes debe brotar de ella. Quien no encuentra el tesoro no puede compartirlo. Quien no se alegra del tesoro no puede proclamar su valor para todos y para cada uno.

No se trata, por tanto, de adorar a Cristo, es decir, de estar con Él como la mejor parte de la vida, o de experimentar el estar con Él como la mejor parte de la vida, sólo para tener la fuerza y el entusiasmo de la misión a cumplir. Se trata de estar con Él para que la misión se cumpla por lo que debe ser: *transmisión a todos de la comunión con Cristo*, de su amistad. Nuestro “yo con Cristo” está llamado a ampliarse cada vez más a un “nosotros con Cristo”, el de la Iglesia llamada a evangelizar a toda la humanidad, llamada a compartir con todos el tesoro de la vida.

Este tesoro no se reduce a momentos de recogimiento, de adoración, de oración, precisamente porque el tesoro es una relación, una amistad, y la sustancia de toda la vida. Por eso, el momento en que rezo, en que me siento, en que me detengo, como María de Betania, en presencia de Jesús, escuchando a Jesús, no es un momento aislado, del que luego salgo para ocuparme de mis asuntos, aunque sean los asuntos de mi ministerio en la Iglesia. Estar con Jesucristo es el corazón de la vida, haga lo que haga. Me detengo para tomar conciencia de ello, para recordarme que hay un tesoro en el campo, que está ahí incluso cuando cultivo lechugas en él o construyo un edificio para ganarme el pan o para una labor humanitaria.

“Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” (Col 3,17)

Como escribe San Pedro en su primera carta: “¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza”. (1 Pe 3,13-15)

Uno, permaneciendo en la relación de adoración a Cristo, lleva dentro de sí, en medio de todo, incluso de la hostilidad que amenaza o hiere su vida, ese “punto de consistencia interior” del que escribió Clemente Reborá.

Es importante comprender que en esta adoración de Cristo converge toda la revelación del Antiguo Testamento. Toda la experiencia religiosa de los patriarcas, de los profetas, toda la religiosidad expresada en los Salmos, todo encuentra sentido en detenerse ante Cristo, en habitar en Cristo, como Él se detiene y habita en la presencia del Padre, en la adoración en espíritu y verdad que el Padre busca en nosotros. La cumbre de la religiosidad no es un lugar, un templo concreto, sino el encuentro con Jesús y la comunión con Él, en Él.

“Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el

Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo» (Jn 4,21-26).

Cristo que nos habla, que nos mira, que se entretiene con nosotros, tan humano y cotidiano como para estar allí cansado y sediento junto a un pozo, sin tener el cubo y la cuerda para sacar: he aquí la culminación de toda la experiencia religiosa, y sobre todo lo que sana todas sus derivas, todo fanatismo o negligencia. En comunión con Jesús, entramos en la verdadera adoración al Padre, después de todo el camino humanamente complicado del pueblo de Israel.

Pero llegados a este centro, nos damos cuenta de que permanecer en él, permanecer de verdad en la adoración a Cristo, y en la alegría que conlleva, tiene un horizonte que no se cierra. El centro es un fuego radiante que se extiende, sin dejar de ser fuego. El agua que brota del manantial no permanece cerrada en el manantial, porque si lo hiciera, ya no sería agua de manantial, se estancaría.

Es la naturaleza del tesoro que sólo es Cristo lo que hace que la alegría de poseerlo, de experimentarlo, de verlo, oírlo, tocarlo, sea una alegría, por así decirlo, “en salida”, como le gusta decir al Papa Francisco. Porque la naturaleza del tesoro es el amor de Cristo, es la caridad, lo que une al Hijo con el Padre en la comunión del Espíritu.

Cuando hice una experiencia de un mes en el monasterio en el que ingresé más tarde, en un momento dado me sentí literalmente atenazado y sobrecogido por el capítulo 15 del Evangelio de San Juan, especialmente por los versículos 1-17. Allí encontré la respuesta definitiva a la pregunta que me hacía sobre si mi vida no sería más útil permaneciendo en una vocación más apostólica, hacia la que hasta entonces me había orientado. Meditando las palabras: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.” (Jn 15,5), comprendí definitivamente que el problema de toda vocación no es imaginar dónde y cómo daremos fruto, sino descubrir dónde y cómo permanecemos en Cristo y Él en nosotros, es decir, dónde y cómo comprendemos que Jesús nos da y nos pide estar unidos a Él, vivir la amistad con Él.

Por eso ninguna vocación es mejor que otra. La mejor vocación es siempre sólo aquella en la que cada persona es llamada a estar unida a Jesús. Para algunos esto sucede en el matrimonio, con la mujer, el marido, los hijos, la presencia en la sociedad. Para otros en la misión en tierras lejanas. Para otros en el sacerdocio ministerial. Para otros en la vida religiosa, en la que hay infinitos matices, como la vida monástica.

El capítulo 15 de san Juan me ha acompañado siempre, revelándome nuevas luces, como otros pasajes del Evangelio. También al preparar estas meditaciones, me ha llamado de nuevo la atención un pasaje que me gustaría profundizar con vosotros: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.” (Jn 15,9-13)